

este tipo las que se ventilan en el tratamiento de los problemas filosóficos concretos examinados en la obra: conocimiento, verdad, percepción, y acciones voluntarias e involuntarias. Respecto al segundo grupo de escritos, estas críticas no se plantean. Graham examina las teorías general y especial de los actos de habla y ofrece algunos puntos de vista originales sobre las relaciones entre ambas, y sobre la cuestión del significado locucionario. Es sabido que en estos escritos Austin no utiliza estrictamente su programa de filosofía lingüística, y se ve obligado a elaborar una teoría del lenguaje y a plantear tipos de cuestiones comprensivas sobre él. Pero también es cierto que no abandona totalmente su método, y Graham habría hecho mejor intentando mostrar cuál es la relación que existe entre el lenguaje como método y el lenguaje como tema.

*Luis Manuel Valdés*

Shulamith FIRESTONE, *La Dialéctica del sexo*. Traducción de Ramón Ribé. Barcelona: Kairós, 1976, 307 pp.

Con la acuñación de la dialéctica del sexo S. Firestone plantea un análisis histórico distinto y enriquecedor del materialismo histórico clásico. El gran hallazgo del marxismo, que supone la dialéctica de las clases y su pugna así como su posterior superación mediante la revolución proletaria, requiere ser completado por la dialéctica de los sexos, que subyace a la división de la sociedad en clases económicas y está presente en toda relación humana desde los albores de la historia. La división de las personas en clases sexuales es algo mucho más profundo que la división en clases económicas, pues hay una serie de hechos sociales e históricos de los que esta última no puede dar cuenta: para Firestone el análisis marxista es demasiado economicista, por lo que propone una nueva definición de materialismo histórico que asuma la dialéctica del sexo: en dicha definición es la organización sexual-reproductiva la que proporciona la base desde donde explicar toda la superestructura de instituciones políticas y jurídicas, así como las ideas filosóficas y religiosas de un período histórico dado.

La dualidad de sexos tiene su origen en la biología: en la

procreación y las distintas funciones —de la mujer y del hombre— en ésta. Las clases sexuales nacieron de una diferenciación biológica: hombres y mujeres tenían distinta configuración y distintos roles sociales. ¿Por qué esta diferenciación tiene que implicar sojuzgamiento por una de las dos partes? Para Firestone la explicación se centra en la psicología del poder y en la organización de la sociedad en la familia, que posibilita esta psicología del poder. La división reproductiva natural llevó a la primera división laboral y a la aparición del paradigma de casta (discriminación basada en las características biológicas).

Los rasgos más destacados de la familia biológica son (a) la interdependencia madre-hijo, que determina la psicología de ambos, y (b) la subordinación de la mujer a su biología, debida a la situación en que se encuentran la ciencia biológica y la medicina. Pero en la actualidad nos hallamos en una situación cualitativamente distinta: los progresos de dichas ciencias han hecho posible la revolución feminista, cuyo esquema —valiéndose de un paralelismo con la revolución proletaria clásica— sería: revolución de la clase inferior (mujer); confiscación del control de los *medios de reproducción* (propiedad de sus cuerpos, dominio temporal de la fertilidad); objetivo: eliminación de las clases sexuales (fin de la psicología del poder).

Después de estos desarrollos teóricos Firestone examina las instituciones culturales que refuerzan la biología y su resultado, la psicología del poder: todas las relaciones que se den en esta sociedad se hallarán bajo el entramado de la psicología. La autora analiza las relaciones en la familia, el complejo de Edipo, las relaciones entre las razas blanca y negra en USA, etc., en términos de poder.

Por último, acomete Firestone el análisis de la dialéctica de la cultura, donde se manifestó el dualismo básico entre los sexos (el principio del ying y el yang). Los dos principios rectores de la cultura —lo estético y lo técnico— se asimilan a las características que definen a los dos sexos. En la historia de la cultura habrá siempre dos fases: una primera en la que algo es concebido pero no puede ser llevado a cabo dado el estadio actual de desarrollo de un determinado proceso de la realidad: entonces se idealiza, se poetiza. Y una segunda fase en la que se dan las condicio-

nes para dominar ese proceso. La primera modalidad —estética— corresponde a lo femenino (subjetivo, intuitivo...); la segunda —técnica— sería la masculina (objetiva, lógica...). La división básica de los sexos (con fines reproductivos) se convierte en la dualidad básica natural de la que surge cualquier división estamental ulterior, y está en la base de las restantes dialécticas: la dialéctica de las clases y la de las culturas: la revolución total que Firestone propugna acabaría con los tres antagonismos. En su opinión, las tres dialécticas —del sexo (patriarcado), de las clases (período burgués) y de la cultura (ciencia empírica) se hallan ahora en el estadio avanzado previo a la revolución.

La estructura familiar es la fuente de opresión psicológica, económica y política: la familia es la base de la psicología del poder. Sin eliminarlo, nunca se podrá hacer una revolución. Consciente de que el principal problema de la crítica a la familia es dar una alternativa como base de estructuración de la sociedad, la autora propone una serie de diferentes formas de relación, unidas por otros vínculos y reguladas o no mediante contrato. El esquema de estas nuevas formas de relación es la flexibilidad, precisamente la falta de esquema. En adelante, las relaciones podrán ser de pareja o de grupo, siempre que la madre biológica se desligue de la estrecha relación que tiene con el hijo, y las responsabilidades de los adultos respecto de los niños serán muy otras debido sobre todo a la gran autonomía que Firestone propugna para éstos. La solución total se producirá cuando se implante la reproducción artificial y la reproducción biológica sea algo optativo.

Este libro, fundamental dentro de la teoría feminista, no deja de ser un fiel reflejo del estadio de desarrollo en el que ésta se encuentra. Escrito con gran lucidez, adolece sin embargo de un gran esquematismo: precisamente por ese intento de asimilación al modelo teórico marxista, cuando es claro que el feminismo debe buscar —y lo está haciendo— sus propias vías de análisis y lo que es más —y lo está consiguiendo— sus esquemas de valores propios. Los capítulos centrales, menos teóricos en parte y más descriptivos e imaginativos tienen precisamente ese valor: el de analizar desde una nueva perspectiva problemas más concretos.

*Ana Sanchez*